

Narrativa pedagógica

Cómo citar: Cómo citar: Argüelles Guevara, D. (2023). Mis dos rostros. Praxis Pedagógica, 23(34), 10–15. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.praxis.23.34.2023.10-15>

ISSN: 0124-1494

eISSN: 2590-8200

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 05 marzo 2023

Aceptado: 10 marzo 2023

Publicado: 21 marzo 2023

Conflicto de intereses: los autores han declarado que no existen intereses en competencia.

Mis dos rostros

Otro día soleado, la brisa de la mañana acaricia los rostros somnolientos, aun las marcas del chinchorro se observan en sus brazos, un baño rápido, un poco de chicha y una mirada al camino que deben transitar a diario. El canto de los pájaros acompaña la extensa pero amena caminata, una mirada a la casa de barro que se vislumbra a lo lejos, a su lado, una cocina de yotojoro y una estela de humo que sube de las leñas a medio prender.

El tiempo apremia y corren a encontrarse con un gran bus blanco, que resalta en medio del camino de trocha, en medio de los escasos, pero muy verdes arboles de “aipi” o “trupillo”, cuyas escuálidas ramas lo golpean con suavidad, debido a la escasa velocidad que el maltrecho camino le permite. Al acercarse se escuchan alegres risas, palabras de saludos, preguntas, palmadas, cantos y muchas conversaciones expresadas en dos lenguas, en un encantador encuentro de culturas que mantiene a todos emocionados.

Se detuvo, como lo hace los cinco días de la semana, con mucha atención y una mirada escrutadora que observa la variedad de caminitos que se desprenden del principal: De la nada empiezan a vislumbrarse camisas blancas y mantas azules, que como conejos en huida van saliendo, en busca del bus que pacientemente les espera. Uno a uno va subiendo, el jolgorio aumenta, un *watta maalü*, “buenos días” se escucha en coro y en el otro lado del bus un *watta maalü* “buenos días”, le responde.

El bus blanco se dirige por segunda vez a la institución, un bello lugar situado en nuestra

Dunis Argüelles Guevara

Universidad de Cartagena
dunisarguelles581@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-6999-0653>
Colombia



hermosa Guajira, en el municipio de Albania —“la perla negra”—, lugar encantado de ancestros wayuu, llegando al resguardo el 4 de noviembre, ancianos mayores quienes cedieron un espacio de su “territorio sagrado” para que se edificara, desde el 2011, un monumento al conocimiento intercultural. Se observan las paredes, majestuosas paredes, las que resguardan ese “gran lugar” lleno de calor humano, respeto, diversidad cultural, apoyo, cuidados y el deseo de muchos profesionales de ver a sus jóvenes alcanzar sus metas, proyectos, propuestas; sin embargo, la realidad es que hay un montón de documentos archivados con peticiones de necesidades, aun sin respuestas, pero con la esperanza latente que mejoren las condiciones. Se trabaja con ganas, amor y vocación. Es necesaria una fluidez permanente de la energía eléctrica, ya que se hace difícil, que, entre la luz y las tinieblas, se orienten las clases; la temperatura es alta y el calor es abrazador; hay una buena red a internet, una ventana que les permita vislumbrar lo nuevo y la responsabilidad de su uso; la escuela esta al final dentro del lugar, un edificio que te enternece el corazón y te llena de orgullo al saber que perteneces a “Akuaiipa”

Es la tercera vez que el bus llega a la institución, de pronto todos callan, en una hermosa formación bajan niños, a un lado, y niñas, al otro; pasan por la garita y siguen a desayunar, más saludos, más risas, uno cuadernos puestos en la mesa del comedor por los niños internos, en su afanada intención de realizar sus tareas que no pudieron terminar en la noche o la tarde del día anterior y la terminaran con la ayuda de los niños que externos que acaban de llegar. Una afanada intención de realizar lo que no se pudo en la noche o la tarde del día anterior. Agrupados según los grados, los niños y niñas comparten algunas viandas que trajeron de sus casas o refrescos que compraron en la tienda de la entrada. Los internos se unen a la formación. Todos hacemos parte importante para mantener el orden, mil y tantos jovencitos están atentos a la información del día de hoy, de pronto una voz dice: “todos a sus aulas”, algo anda extraño, pues algunas sonrisas se calmaron y se ensombrecieron los rostros de los directivos. Los profesores se visten de ánimo y llenos de energía entran y orientan cada clase, suben y bajan de los tres pisos que conforman el colegio, que dentro del internado abraza el conocimiento, el respeto a la interculturalidad, a la naturaleza, al prójimo, a la cultura wayuu —predominante en la Guajira— y a los valores

ancestrales de formación que, desde sus primeros años, los niños y niñas reciben en sus comunidades por sus abuelas maternas.

Termina la jornada de ese 16 de marzo del 2019, se informa a los infantes que no deben regresar mañana, que en unos días retornaremos. Ellos salen con “felices vacaciones”, a esa edad querer días de no clases es un deseo normal. Les dejaron el cuaderno de tareas con actividades que deben realizar, en los casilleros de los docentes quedaron actividades pendientes de ese semestre, así como notas por corregir, un café, una colonia y muchas cosas para los días en que retomen las clases. Quedó en la cocina la bitácora con el menú señalado y todo dispuesto para ello, en la cooperativa una cantidad de sabores coloridos que alegrarían el paladar de los niños y niñas.

No, no se pudo regresar en ese mes, ni en el otro, ni en el otro. Los países se enfrentaron a un cambio inesperado, los gobiernos iniciaron una nueva agenda de cuidado y protección, la población tenía que pagar encierro por un “delito” que no entendía, pero su libertad era más peligrosa que su condena. Cada empresa preparaba a sus trabajadores para seguir manipulando y seguir generando sus productos, difícil tarea con tantos riesgos: perder su salud, e incluso, su vida.

Los científicos tenían el deber de educar a la población mundial, y nuestro claustro nos convirtió en prófugos de rostros desconocidos cuando por algún compromiso salíamos a la libertad. Los médicos ponían la cuota más dolorosa y valiosa en esta batalla contra un enemigo invisible.

Las ciudades se debatían entre salir, comprar y quedarse en casa, algunos salían a luchar por un día más de sustento. Vivir, se convirtió en eso, querer vivir o sobrevivir.

Pero el sol no dejó de salir y la brisa que susurra en medio de los cactus no se detuvo. Sentarse y ver el caminito que lo llevaba al lugar, donde cada amanecer, lo esperaba el gran bus blanco para llevarlo al colegio, se convertía en nostálgicos recuerdos de cada niño.

Una voz dulce lo sacó de sus pensamientos: “¡debe llevar sus chivos al jawey!”, y mientras iba con rumbo opuesto al camino del encuentro con el bus, pensaba: “y cuándo iremos a clases,

ya son muchos días, y cuándo me enseñarán lo que falta para terminar”. Cabizbajo, caminaba arrullado por el canto de las aves, a las cuales escuchaba nostálgicas, mientras recordaba las risas y repasaba el rostro alegre de sus compañeros.

Los educadores se enfrentaban a uno de sus mayores retos, debían enseñar a distancia. Los países tenían la obligación de ser capaces de organizar y equipar a sus docentes y estudiantes para continuar las clases. Y los profesores, a través de una pantalla, animan a los chicos de una manera diferente, pero decidida, ya que siguen orientando sus conocimientos.

Acá, en este hermoso lugar, la mayoría de los niños que viajaban en el bus blanco solo cuentan con la energía del sol, cero equipos digitales y esto obliga a una parte de los estudiantes y docentes a retomar la antigua forma del correo: en físico, donde, ansiosos, los jóvenes esperaban sus actividades, se desarrollaban y cumplido el plazo, las regresaban. Ahora, no llega el bus a recogerlos, solo se reciben sus actividades y tareas.

... Después de días, semanas y meses agobiantes, llega un anuncio: “debemos retornar”. Ahí empiezan a surgir un millón de interrogantes, tales como: “¿Qué haremos?”, “¿Cómo iremos?”, “Oh, los amigos ¿cómo estarán?”

Amanece, se vislumbra el camino, la brisa es suave, pero ya no le acaricia el rostro, una mirada en su espejo donde tantas veces se vio las marcas del chinchorro al despertar. ¡Hoy! el docente no pudo ver sus rostros, no se reconocen, algo obstruye sus sonrisas. Se retoma el camino, se escuchan las aves y no se puede imitar sus cantos. Corre afanado por el tiempo, ve el bus y se acerca lentamente, todo está en silencio. Ya los caminitos no están llenos de mantas azules y camisas blancas, muy esporádicamente se ve una y lentamente se acerca. Ellos suben en silencio, separados, cada uno ocupa su lugar, los saludos se quedaron tras ese nuevo rostro que portan. Las risas se ahogaron, los ojos aprenden con mucho esfuerzo a saludar, se concentran en conocerse o reconocerse; es difícil acordarse a quién pertenecen esos ojos, aquellas cejas, esa frente, sus voces se pierden debajo de eso que hoy es necesario para el cuidado y protección de la salud, es obligación portar.

La llegada ya no es tan alegre, seguimos en silencio, todo está solo y casi extraño: a través de señas nos invitan a formar, la

entrada está sola, se hace más distante la llegada al comedor, todos estamos lejos, ya no compartimos nuestros alimentos, solo mostramos nuestro rostro para tomarlos, nadie habla, nadie sonríe; seguimos a las aulas, todo está vacío, estamos distantes. La profesora hace un esfuerzo por hacerse escuchar y nosotros por adivinar cuál de todas es la que nos habla.

Los amaneceres son distintos, el sol nos acalora y el viento no refresca, solo risas opacas en susurro retoman los salones, juntos pero distantes. Los docentes son la fuerza, se llenan de ánimo y lo transmiten, proponen actividades creadas para estos tiempos de rostros ocultos; son fuertes, su energía irradia una nueva era, cambios en los momentos de descanso, ellos recrean un futuro sin máscara, pero los pasillos siguen en silencio, no salimos abrazados, no compartimos merienda, ya no nos conocemos, empezamos a resistirnos. Es hora de recreo, un sonido que no se escucha, y sus ojos denota el brillo de lo que les causa ese recuerdo, su refrigerio es traído al aula por los señores de la cocina, con cuidado lo toman, bajan sus mascarillas y sus ojos se pasean sobre el rostro de sus compañeros, para guardar esa imagen hasta el próximo recreo.

La educación no se detuvo, todos nos dispusimos, todos de manera valiente, enfrentados al nuevo cambio, no entendían los jóvenes y algunos docentes no comprendían la nueva metodología, pero estábamos juntos y eso nos hacía fuertes, adelante, no había oportunidad de rendirse.

El amor a la enseñanza hacía que los compañeros estuviesen aquí, aprendimos a sonreír con los ojos, a dar cariño con un saludo a distancias y dejar que irradiara amor nuestra presencia en la ausencia que vivíamos. A medida que avanzaba esta nueva modalidad en donde aprendimos a tener dos rostros: uno en casa y otro fuera de ella, ya se hacía pesado estar tan tapados, “no podemos respirar”, decían; y el nuevo canto disonante y constante en la aulas (las aulas) ya no era historia, ciencias naturales o matemáticas, ahora era: “¡ponte la máscara!” La respuesta no se deja esperar: “no puedo respirar”, “me ahogo seño”, “me da calor”, “hasta cuándo es eso”, “un respiro”. Un rápido repaso por la mente en busca de las palabras que más los convenzan: “que no se pueden quitar las mascarillas”, “que sus vidas están en riesgo”, “que por amor a los que están en casa, deben portarla”. Cuántos “qué” para decirles que

ahora deben tener dos rostros: uno que les permite ser, sentir y vivir en la alegría de su niñez y juventud; y otro que les ahoga las sonrisas, las palabras.

Imitar los silbidos de las aves, sentir que el viento acariciar su faz o entonar una canción, ese que les asfixia las risas, les encoge los sentimientos y estruja el corazón, cuando por los silenciosos pasillos, en filas, cargados de tristezas, en dirección al blanco bus de regreso, en un ritual de aromas de gel y alcohol pasan la nueva sociedad de los “dos rostros”.